

“Jesucristo, Mediador del Nuevo Pacto”.*(Heb. 9:11-15)*

Heb. 9:11-15; Jn. 8:46-59

Cap. Miranda,
Hohenau.Texto: Hebreos 9:11-15

11 Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por [mediante] el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, 12 y no por [mediante] sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. 13 Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, 14 ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? 15 Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.

Sermón

Los mediadores son personas muy importantes. Ellos son de gran utilidad, en especial cuando se rompe la armonía en las relaciones entre las personas. Ellos brindan la oportunidad de devolver la paz donde las dos partes no se ponen de acuerdo. Abren el camino al diálogo y la cooperación frente al odio y la violencia generalizada en nuestro tiempo. Qué importante la tarea de las personas que trabajan por la paz en las congregaciones y familias, que enseñan que un camino nuevo es diferente, un estilo de vida renovado, que no tiene que ver con peleas y discusiones, sino con la paz y la concordia. En nuestro texto de Hebreos 9, se presenta a Jesús como el “Mediador de un Nuevo Pacto” (v. 15). Y podemos preguntar: ¿Por qué a Jesús se le llama el Mediador de un *Nuevo Pacto*? ¿Qué pasó con el Antiguo Pacto? Estas preguntas responde el autor de la carta a los Hebreos.

Todas las cosas escritas en el Antiguo Pacto, todo lo que se refiere a los sacrificios de animales, al lugar de culto llamado el “tabernáculo” (tienda de reunión) o “templo”, y la casta de sacerdotes procedente de la tribu de Leví, etc.; todas esas cosas eran como una sombra al ser comparadas con la realidad misma, que es Jesucristo. Hay una diferencia, entonces, entre el Antiguo Pacto y el Nuevo Pacto. El Antiguo Pacto, a partir de Moisés y las tablas de la Ley en el monte Sinaí, no era algo definitivo, sino transitorio, que duraría por solo un tiempo. Porque es como un sombra, no la realidad misma. Pero llegado ya Cristo, la realidad misma de las cosas, ya no es necesario observar los rituales y reglamentos del Antiguo Pacto. Porque, venido Cristo al mundo para salvar a los pecadores, lo real, lo más importante, lo definitivo, llega a ser ahora su muerte en la cruz en el monte Calvario.

Entonces quedan atrás los sacrificios de animales del Antiguo Pacto, pues ya no son más necesarios. Tampoco es necesario ahora contar con un templo o tabernáculo donde se tiene una parte llamada lugar santo, y otra llamada lugar santísimo, en la cual entraba el Sumo Sacerdote una vez al año, para expiar con la sangre del cordero por los pecados del pueblo. Porque esto, con la venida del Hijo de Dios, fue realizado de una vez y para siempre por medio del sacrificio del Jesús en nuestro lugar. El sacrificio de corderos del Antiguo Pacto, y la entrada del Sumo Sacerdote al lugar santísimo una vez al año ya no son más necesarios. Porque ahora, que ha venido Jesucristo, en la cruz él ya fue sacrificado por nosotros como el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, y él es el Sumo Sacerdote que ahora intercede por los pecadores delante del Padre en los cielos. Es más, por causa del sacrificio de Cristo en la cruz, él nos ha abierto el acceso al lugar santísimo, es decir, la entrada al cielo, como bien le dijo al ladrón arrepentido en la cruz: Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc. 23:43).

Con estos ejemplos podemos notar la gran diferencia que hay entre el Antiguo Testamento, y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento, al igual que una sombra, apunta en dirección a Cristo, a su encarnación, muerte y resurrección. Era algo transitorio, no definitivo. Así que, una vez venido Cristo, llegó para cumplir y realizar todas las cosas que en Antiguo Testamento estaban anticipadas

o preanunciadas mediante sombras y señales, rituales y sacrificios, personajes y lugares. Por ejemplo, el sacrificio de Isaac (Gn. 22:1-14), era una señal que anticipaba la salvación por gracia, mediante el sacrificio de Jesús en la cruz. A estas sombras del Antiguo Testamento, que apuntaban en dirección a Cristo, le llamamos “tipos” de Cristo. Así, el sacrificio de Isaac llegó a ser sombra o señal que apuntaba hacia la sangre de Cristo vertida en la cruz. Una vez venido Cristo, estos “tipos” dejaron de ocupar el lugar central. Ahora es Jesús, la realidad misma, el Mediador en persona, lo que es importante. Así es como el Antiguo Testamento llega a su fin, porque venido Cristo, se cumple la promesa de Dios de enviar a su Hijo como Mediador y Sumo Sacerdote definitivo.

Esto es un gran consuelo para nosotros en este tiempo de Cuaresma. No tenemos que esperar a otro Sumo Sacerdote o Mediador que venga a reconciliarnos con el Padre celestial. Cristo, el Cordero de Dios, es el verdadero y único sacrificio por los pecados del mundo. Por eso, precisamente, él es el Mediador nuestro delante de Dios, el único mediador posible, el único mediador que es legítimo o válido: Porque es verdadero Dios y al mismo tiempo verdadero hombre.

Como verdadero Dios, Cristo es capaz de solucionar algo que ninguna criatura jamás pudo o podrá remediar: pagar la deuda del mundo, es decir, sus pecados. La deuda del pecado es algo tan grande, tan enorme, que es una deuda infinita, y puesto que sólo Dios es infinito (que no tiene fin), solo él puede pagar una deuda infinita. Así que era necesario que nuestro Mediador ante el Padre fuera verdadero Dios, para que pudiera calmar, o aplacar, la ira de Dios, y pagar así deuda del pecado del mundo, y vencer al diablo de una vez por todas. Porque por causa de la mentira del diablo, es que Adán y Eva pecaron en el huerto de Edén, y así sucesivamente toda la humanidad también como sus descendientes.

Al mismo tiempo, nuestro Mediador Jesucristo tenía que ser verdadero hombre. ¿Por qué? Para que él, como sustituto del ser humano, pudiera cumplir la Ley en nuestro lugar, llevando una vida perfecta; pero también debía ser verdadero hombre porque tenía que sufrir y morir en nuestro lugar, es decir, derramar su sangre inocente por todos aquellos que transgredieron la ley, que violaron los mandamientos de Dios, y que por eso habían ocasionado y atraído sobre sí mismos la ira y el enojo de Dios. Porque su justa voluntad había sido violada por el humano, y este merecía justo castigo.

Por esa razón es que nuestro Señor Jesús, es el único Mediador que vale ante Dios: por ser él el único que es, al mismo tiempo, perfecto Dios y perfecto hombre. Son las dos naturalezas que hay en la persona del Hijo de Dios: la naturaleza divina y la naturaleza humana. La naturaleza divina Cristo siempre tuvo, por ser desde la eternidad la segunda persona de la Santa Trinidad. En cambio, la naturaleza humana Cristo la asumió o incorporó a su persona en el momento de su encarnación en el seno de la virgen María. Como está escrito: “Y aquel Verbo fue hecho carne” (Jn. 1:14).

Por eso, ninguna otra criatura o ser en todo el universo, puede llamarse apropiadamente “nuestro Mediador ante el Padre”. Ni la virgen María, ni los santos, ni el Papa, ni Lutero, ni yo, ni nadie, puede presentarse delante de ustedes como “mediador”, o “reconciliador” válido delante Dios, o como un “camino” para acceder a Dios, sino solamente Jesucristo. Él es el único y más que suficiente mediador y sumo sacerdote. Esta es la Buena Noticia que se revela a nosotros los cristianos conforme al Nuevo Testamento. Tampoco es necesario nuevos ritos o sacrificios para calmar la ira de Dios por nuestros pecados, porque Cristo ya fue sacrificado por nosotros en la cruz. Tampoco es correcto intentar agradar a Dios, o querer obtener su favor y bondad, por medios como el dinero (el diezmo) o carta de indulgencia; o acercarse a un hombre como si este tuviera un poder o una gracia especial delante de Dios, como si el bautismo cristiano no fuera suficiente muestra de la gracia de Dios con respecto a nosotros.

Finalmente, debemos recordar las palabras de la carta a los Hebreos, donde dice: “La sangre de Cristo,..., limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (v. 14). La Santa Cena de nuestro Señor Jesús, donde su cuerpo y sangre verdaderos son ofrecidos por él a nosotros con el pan y el vino, nos conceden este beneficio y don tan grande: una conciencia limpia, renovada, perdonada. Por medio del “Cuerpo y Sangre del Nuevo Pacto”, Cristo limpia mi conciencia de culpa; su cuerpo y sangre inocentes y santos me limpian de pecado, me santifican, y me fortalecen la fe. Es en la Santa Cena donde el cristiano experimenta la comunión con su Señor, para que luego pueda servirle con alegría y además en comunión con sus hermanos en la fe. Amén.